

NUNCA VIAJES SOLA

Carolina estaba contenta por haber aceptado la invitación de Laura. Había sido una noche fantástica recordando viejos tiempos, ya estaba cansada de dar siempre un no por respuesta, al fin y al cabo ella era joven y divertida, y si no salía con más frecuencia con sus amigas era porque su marido, Fran, un tipo un tanto celoso, no era partidario de las reuniones femeninas, “sois muy peligrosas”, le decía a Carol medio en serio medio en broma.

Pero esa noche era diferente, el motivo merecía la pena. Laura, de treinta años, había conseguido superar una terrible enfermedad y deseaba celebrarlo con sus amigas de siempre, las del colegio, las del barrio, las de toda la vida. A Fran también le pareció una idea estupenda. Conocía a la amiga de su mujer y se alegraba enormemente de la buena noticia.

Tras cenar en el Mesón del Jamón se dirigieron a un pub para tomar unas copas. Eligieron un par de mesas al fondo del local, lejos de la música, donde poder charlar de sus cosas sin necesidad de quedarse afónicas al primer intento. Entre cócteles y risas las horas pasaron rápidamente y en un pispás se hicieron las tres de la madrugada. El grupo de amigas decidieron poner fin a la velada y un último brindis por la salud de Laura vino a culminar una noche inolvidable para todas.

Las chicas dejaron el establecimiento y se dirigieron al parking donde habían estacionado los tres coches que las trasladaban. Se distribuyeron entre los vehículos en función de la zona donde vivían. Carol llevó hasta las puertas de sus casas a dos de sus amigas y esperó dentro del coche hasta verlas entrar en los zaguanes, después partió sola. La urbanización donde se encontraba su vivienda estaba a las afueras de la ciudad, a unos ocho kilómetros del casco urbano. Miró el reloj luminoso que destellaba junto al

cuentakilómetros, eran las tres y media de la madrugada. Pensó en Fran. Seguramente estaría preocupado, “la falta de costumbre”, convino, “tendré que hacerlo más a menudo”.

Tomó la carretera principal y a un kilómetro aproximadamente se desvió a la derecha para coger la comarcal que la conducía casi directamente a la urbanización, tenía unos siete kilómetros por delante, noche cerrada, sin luna, y enormes ganas de llegar a casa, en realidad no le hacía ninguna gracia conducir sola a esas horas por una carretera desierta. Puso la radio y buscó alguna emisora con música clásica, ideal para acompañar a conductoras solitarias. A unos quinientos metros de haber tomado la comarcal había un cruce de semáforos que controlaba los accesos a dos polígonos industriales. Era sábado y por allí no se veía ningún vehículo pero Carol, persona prudente y respetuosa con las normas, se detuvo ante el semáforo en rojo. Al hacerlo notó que el coche estuvo a punto de calarse, no comprendía porqué. Ya en punto muerto comenzó a presionar con toques intermitentes el acelerador. Una extraña angustia se apoderó de ella, le daba la impresión de que el semáforo permanecía en el mismo color demasiado tiempo. Por fin cambio a verde y Carol introdujo, con grandes esfuerzos, la primera velocidad. ¿Qué ocurría? La palanca de cambios parecía atascada y le costaba horrores maniobrarla. Circuló unos dos kilómetros y medio más con el corazón en un puño, la carretera estaba absolutamente desierta y la iluminación en aquella comarcal era escasa por no decir nula. Unos doscientos metros más y el vehículo comenzó a perder fuerza, no respondía al acelerador, era imposible cambiar de marcha, Carol adivinó que su coche se iba a parar irremediablemente de un momento a otro, “¡Dios mío!”, tragó saliva, apenas las ruedas giraban ya sobre el asfalto, se iba a quedar tirada en medio de la carretera. Con la escasa tracción que todavía movía al vehículo

consiguió apartarlo de la vía y estacionarlo junto a un bancal de tierra inculca, lleno de piedras y matorrales.

¿Cómo le podía haber ocurrido algo así? Gasolina llevaba, de eso no cabía duda y además el coche era nuevo, tan sólo tenía cuatro meses.

Apagó las luces del vehículo y en un instante el terror se apoderó de ella, la oscuridad era absoluta, no la conocía así, en estado puro, ni siquiera las estrellas brillaban. Giró la llave en el contacto y volvió a encender los faros al tiempo que buscaba nerviosa el teléfono móvil en su bolso. Tenía que llamar a Fran. Eran las cuatro menos cuarto de la madrugada, quizás su marido ni siquiera se había acostado, habría aprovechado su ausencia para ver algunas películas de vídeo que tenía grabadas y en cuanto le contara lo sucedido acudiría de inmediato a recogerla, si se enfadaba o no era un asunto que a Carol no le preocupaba en ese momento. Por fin encontró el móvil. Estaba apagado y con dedos nerviosos presionó el botón de encendido. El teléfono no respondía. Presionó de nuevo manteniendo el dedo sobre el botón varios segundos pero aquel aparato no daba ninguna señal de vida. Recordó entonces que la última vez que lo miró en el pub para ver si tenía alguna llamada perdida de su marido marcaba batería baja y claro, después de tres horas, la batería se había descargado por completo. No se lo podía creer. Allí estaba ella, en una carretera solitaria, en plena madrugada, a mitad de camino entre su casa y la ciudad, con el coche averiado, sin teléfono. ¿Qué podía hacer? Le entraron unas tremendas ganas de llorar.

Intentó tranquilizarse haciendo ejercicios respiratorios. “Vamos a pensar soluciones”, dijo para sus adentros. Tratar de llegar a su casa a pie era una locura y volver a la ciudad para buscar ayuda otra. Se encontraba a unos cuatro kilómetros de cada punto, en una carretera solitaria, que lo único que tenía a ambos lados era campo abierto, la oscuridad amedrentaba, hubiese sido incapaz de dar un paso. Intentó varias

veces consecutivas poner el coche en marcha pero fueron esfuerzos vanos. No tenía más solución que esperar a que amaneciera. Quizás transcurridas unas dos horas ya se vislumbraran los primeros rayos de sol y entonces se atrevería a recorrer los cuatro kilómetros que la separaban de su hogar. Tal vez su marido, extrañado por la tardanza y al no poder comunicar con ella por teléfono, decidiera ir a buscarla y la encontrara allí tirada. En cualquier caso no debía perder los nervios. Miró su reloj de pulsera. Las cuatro de la mañana.

De momento, las luces de un coche que se aproximaba por la carretera la deslumbraron a través del retrovisor. Era el primer vehículo que veía desde que se había quedado tirada y, la verdad, no sabía si alegrarse. Deseó que el conductor no la viera, ella era una mujer sola en mitad de la noche, sola y asustada, y no sabía con que clase de persona se podía tropezar. Pero el conductor la vio.

El vehículo se detuvo a escasos metros del coche de Carol. “Mierda” masculló ella. Comprobó de inmediato que los seguros estaban puestos. Un hombre alto, con gabardina clara, bajó del coche y se dirigió al suyo. Cuando lo tuvo junto a su ventanilla se percató de que se trataba de un señor de unos cincuenta años, bien vestido, no aparentaba ser un pinta, aun así no se atrevió a abrir la puerta. El desconocido le preguntaba a través del cristal si necesitaba ayuda. Finalmente Carol optó por abrir una pequeña rendija en la luna de su puerta para poder comunicarse. Le explicó lo sucedido y el hombre trató de ayudarla.

–¿Quiere qué la lleve a su casa?

–No, no me puedo dejar aquí el coche –dijo ella desconfiada–. ¿Tiene usted móvil?

–No, lo siento. No suelo llevar teléfono. ¿Seguro que prefiere quedarse aquí?

–Mi marido ya habrá salido a buscarme. Gracias.

–Yo voy en dirección a la urbanización que me ha referido. ¿Quiere que avise a su marido por si acaso no ha salido a buscarla?

Esa idea a Carol no le pareció desacertada y dio al desconocido la dirección exacta de su casa. Aquel hombre se marchó sin llegar a presentarse y con una extraña sonrisa en los labios.

Carol albergaba ahora una esperanza, la de ver aparecer a Fran en cualquier momento como el príncipe azul que va en busca de su princesa, pero transcurrida media hora desde que aquel hombre se había marchado todo seguía igual. Pensó que había sido una estúpida. Aquel conductor aparentaba ser una persona normal, decente, que se había ofrecido a ayudarla y ella lo había rechazado de plano. ¿Qué había conseguido?, nada, allí estaba, sola y aterrada en mitad de la noche.

Un sonido que cada vez alcanzaba mayor intensidad la hizo dar un respingo en el asiento. “¡El móvil! ¡Gracias a Dios!”. Se trataba de la melodía de su teléfono. Seguro que con los nervios lo había conectado mal y aún le quedaba algo de batería. Lo buscó en el bolso con verdadera ansiedad. Cuando lo tuvo en las manos se quedó extrañada. El teléfono repetía constantemente la última canción de Shakira pero la pantalla estaba apagada, ni un solo destello se vislumbraba en el aparato, aun así abrió la solapa y se lo acercó al oído.

–Diga.

–No deberías haberte quedado sola –se oyó al otro lado con una voz ronca y jadeante.

–¿Quién es? –dijo Carol presa de la angustia.

–¿Por qué no te has venido conmigo preciosa? –prosiguió aquella voz terrible.

Carol apartó el teléfono de su oído y lo miró fijamente. ¡Qué coño pasaba! ¡estaba apagado!

–¿Quién es usted? Déjeme en paz, tengo aquí a la policía, han venido a ayudarme –se le ocurrió a la joven.

–No tienes a nadie cariño. Te estoy viendo –dijo aquella voz de ultratumba.

Carol miró hacia todas partes pero la oscuridad le impedía ver nada. Estaba temblando como una hoja y notaba los latidos de su corazón en la cabeza y en la garganta a punto de ahogarla.

–No me da usted miedo –dijo la joven con las palabras sofocadas por el llanto.

–Ja, ja, ja... –se oyó al otro lado del teléfono antes de cortarse la comunicación.

La joven estaba desesperada. Volvió a comprobar que los seguros de las puertas funcionaban. Miró de nuevo hacia todas partes pero no vio a nadie. Su angustia era extrema. El móvil volvió a sonar y Carol lo lanzó con todas sus fuerzas contra el cristal delantero del vehículo abriendo una brecha. Se lamentó enormemente de su error. ¿Qué había hecho?

Un vehículo se aproximaba por el carril contrario, venía hacia ella. “¡No, por Dios!” suplicó Carol entre sollozos. Cuando lo tuvo más cerca se percató de que se trataba del coche de Fran y sintió un alivio inefable. Su marido estacionó delante de ella y bajó del vehículo. Carol todavía no tenía fuerzas para moverse y continuó en su asiento dando gracias al cielo. Cuando lo tuvo junto a su puerta comprobó que Fran estaba increíblemente pálido, su inexpresividad la aturdió, hasta el punto de decidir no abrirle. Su marido se aproximó al cristal y Carol pudo comprobar horrorizada que tenía el cuello ensangrentado, en torno a una línea perfecta que parecía dibujada con un bisturí. Miró entonces su cuerpo para descubrir varios orificios abiertos que

aparentemente habían sido producidos con algún objeto punzante, por donde asomaba viscosa la sangre coagulada. Carol dio un grito desgarrador y se desmayó.

.....

Una tenue luz penetraba por la ventana y Carol la percibió a través de sus ojos cerrados. Los abrió con esfuerzo, le pesaban mucho los párpados. Se encontraba en una habitación que no conocía, blanca y aséptica. Miró alrededor en espera de hallar un rostro familiar pero no había nadie. Al momento una enfermera entró en la habitación. “¿Ya has despertado?” le dijo. La recién llegada informó a Carol de que había sufrido un accidente de tráfico. “Al vehículo apenas le ha ocurrido nada, tan sólo presentaba rota la luna delantera, pero desgraciadamente tu marido ha fallecido”, le dijo tras administrarle dos tranquilizantes con un vaso de agua. La joven no lograba centrarse en las palabras de la enfermera, estaba muy aturdida. “Ahora mismo viene el doctor”, dijo la asistenta. “Ha terminado su turno pero pasará a verte”.

En ese momento un hombre alto, de unos cincuenta años, bien vestido, con gabardina clara, apareció por la puerta. “Pase doctor”, dijo la enfermera, “la paciente ha despertado”.

FIN